

# Ext.20

Pequeño álbum  
sistemático de la  
infancia y la juventud



**Ext.** es una colección de fanzines sobre actividades realizadas en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid dentro de los programas coordinados por el Vicedecanato de Extensión Universitaria.

## **¡Descapitalizar la infancia! Taller y lecturas críticas sobre la infancia y la juventud**

fue una actividad coordinada por Rafael SMP, entre enero y marzo (2014), que se propuso resignificar estas edades, tomando materiales de la teoría, el arte, la estética y la política con el objetivo de comenzar a comprenderlas como una posición. El proyecto finaliza con esta publicación que pretende enunciar y salvaguardar cierta infancia, como una constelación donde podríamos existir. No proponemos aquí volvernos niños sino repensar un conjunto de potencias menores, tan a menudo menospreciadas, a partir de las cuales podríamos hacernos mayores de otro modo, hoy.



Enfrente de la pequeña ciudad, se sienta un pequeño enano,  
detrás del pequeño enano, hay una pequeña montaña,  
de la pequeña montaña, fluye un pequeño riachuelo,  
en el pequeño riachuelo, flota un pequeño tejado,  
debajo del pequeño tejado, hay una pequeña habitación,  
dentro de la pequeña habitación, se sienta un pequeño niño,  
detrás del pequeño niño, hay un pequeño banco,  
sobre el pequeño banco, descansa un pequeño arcón,  
dentro del pequeño arcón, hay un pequeño nido,  
junto al pequeño nido, se sienta un pequeño gato.  
Es un pequeño lugar encantador que no olvidaré.

Steckenpferd und Puppe. J. P. Wich. 1843

Mariam dijo a Jesús: ¿A quiénes  
se asemejan tus discípulos?  
Él dijo: Se asemejan a niños  
pequeños que residen en un  
campo que no es suyo. Cuando  
vengan los dueños del campo,  
dirán: ¡Dejadnos nuestro campo!

*Evangelio de Tomás, 21*



Niño consagrado al sufrimiento. Paul Klee

Serán vecinos el lobo y el cordero, y el  
leopardo se echará con el cabrito, el novillo  
y el cachorro pacerán juntos, y un niño  
pequeño los conducirá. La vaca y la osa  
pacerán, juntas acostarán sus crías, el león,  
como los bueyes, comerá paja. Hurgará el  
niño de pecho en el agujero del áspid, y  
en la hura de la víbora el recién destetado  
meterá la mano.

Isaías XI

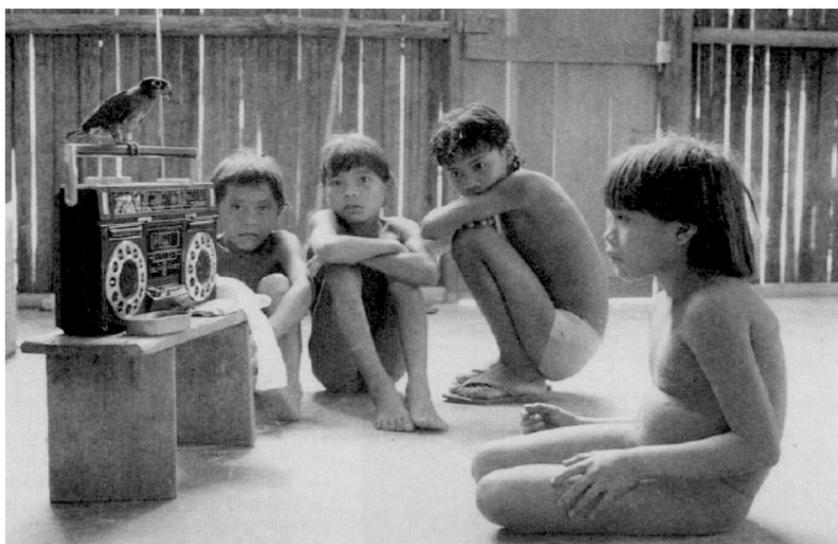
Mirad a esos chicos construyendo una cabaña en los árboles. Esos chicos pueden trabajar de la mañana a la noche, arrastrando grandes tablones hasta la cabaña, serrando, martilleando, golpeando los clavos y sus dedos de paso, y podrán seguir así durante días y semanas, hasta que esté la cabaña y surjan los planes de un nuevo proyecto. Nosotros, los seres humanos, somos creadores por naturaleza. Pero el trabajo puede separarse de nosotros de muchas maneras. La más peligrosa se llama salario. Porque entonces nuestra atención se aleja del trabajo. Lo que se hace importante no es la actividad en sí misma, sino lo que ella nos aporta. Pagad a los niños para que construyan una cabaña y no acabarán nunca. Existe otro método para parar, es decir, para sofocar, las actividades de los constructores. Basta con enseñarles cómo se hace, coger un martillo y pedirles que miren con atención mientras lo utilizamos, y luego montar un ciclo de cursos sobre construcción de cabañas, con un examen final para los que hayan pasado previamente las pruebas de subida al árbol.

Bueno, entonces ¿qué es el anarquismo?. Nestor Potkine



2. AHÍ DONDE EL HABLA muda de la represión hace oír su voz, ninguna otra palabra tiene derecho de ciudad en tanto que permanece segada de cualquier efectividad inmediata. La comunidad terrible es una respuesta a la afasia que impone todo régimen biopolítico, pero es una respuesta insuficiente puesto que se perpetúa por la censura interna, al margen también del orden simbólico del patriarcado. A menudo no es entonces más que otra forma de policía, otro lugar donde mantenerse en el analfabetismo emocional o en un estado de minoridad infantil, bajo el pretexto de una amenaza exterior. Puesto que el infante no es tanto el que no puede hablar, sino el que está excluido de los juegos de la verdad.

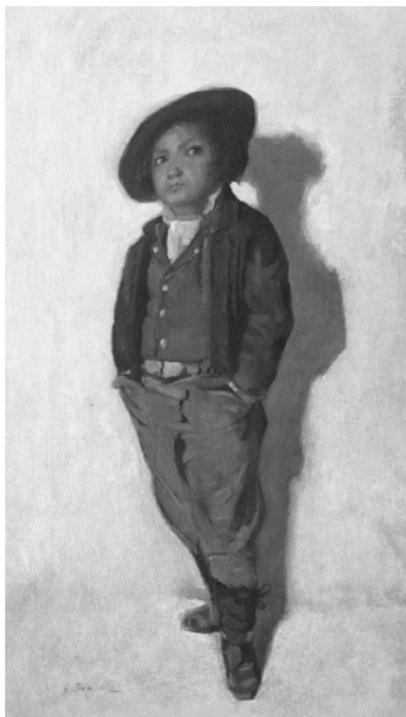
*Tesis sobre la comunidad terrible. Tiquun 2*



Imaginen a un artista que se encontrara siempre, espiritualmente, en estado convaleciente, y tendrán la clave del carácter del Sr. G. Ahora bien, la convalecencia es como un retorno a la infancia. El convaleciente disfruta en el más alto grado, como el niño, de la facultad de interesarse vivamente por las cosas, incluso las más triviales en apariencia. Remontémonos, si es posible, por un esfuerzo retrospectivo de la imaginación, hacia nuestras impresiones más jóvenes, primeras, y reconoceremos que tenían un singular parentesco con las impresiones, tan vivamente coloreadas, que recibimos más tarde tras de una enfermedad física, siempre que esa enfermedad haya dejado puras e intactas nuestras facultades espirituales. El niño todo lo ve como novedad; está siempre embriagado. Nada se parece más a lo que se llama inspiración que la alegría con que el niño absorbe la forma y el color. Me atrevería a ir más lejos; afirmo que la inspiración tiene alguna relación con la congestión, y que todo pensamiento sublime va acompañado de una sacudida nerviosa, más o menos fuerte, que resuena hasta el cerebelo. El hombre de genio tiene los nervios sólidos; el niño los tiene débiles. En uno, la razón ha ocupado un lugar considerable; en el otro, la sensibilidad ocupa casi todo el ser. Pero el genio no es más que la infancia recuperada a voluntad, la infancia dotada ahora, para expresarse, de órganos viriles y del espíritu analítico que le permite ordenar la suma de materiales acumulada involuntariamente. A esta curiosidad profunda y alegre hay que atribuir el ojo fijo y animalmente extático de los niños ante lo nuevo, cualquiera que sea, rostro o paisaje, luz, doraduras, colores, telas tornasoladas, encantamiento de la belleza embellecida por el aseo. Uno de mis amigos me decía un día que siendo muy pequeño, asistía al aseo de su padre, y que contemplaba, con un estupor mezclado de deleite, los músculos de los brazos, la degradación de colores de la piel matizada de rosa y amarillo, y la red azulada de las venas. El cuadro de la vida exterior ya le penetraba de respeto y se apoderaba de su cerebro. Ya la forma le poseía y obsesionaba. La predestinación asomaba precozmente la punta de la nariz. La condenación se había producido. ¿Necesito decir que ese niño es hoy un pintor célebre?

*Je ne suis pas notaire,  
C'est la faute à Voltaire,  
Je suis petit oiseau,  
C'est la faute à Rousseau*

Micul Gavroche. George Demetrescu Mirea





AP Photo. Nikolas Giakoumidis, 2008.

[...] Es conveniente mantener un cierto nivel de angustia con el fin de preservar la disponibilidad general a la regresión, el gusto por la dependencia. No por casualidad se difunde en el momento oportuno tal o cual sentimiento de terror, de conformismo o de amenaza. Nadie debe librarse de esta posición infantil de pasividad hastiada o penderciera, de saciedad entumecida o de reivindicación quejosa que produce el malvado murmullo de la incubadora imperial. Se dice “el tiempo de los héroes ha pasado”, con la esperanza de enterrar junto a él toda forma de heroísmo. El sueño de la época no es el buen sueño que procura el descanso, sino más bien un sueño angustiado que os deja más exhaustos todavía, deseosos solamente de volver a él para alejaros un poco más de la irritante realidad. Es la anestesia que requiere una anestesia aún más profunda.

Aquellos que por suerte o por desgracia se sustraen al sueño prescrito, nacen a este mundo como niños perdidos. ¿Dónde están las palabras, la casa, mis antepasados, dónde están mis amores, mis amigos? No existen, mi niño. Todo está por construir. Debes construir la lengua que habitarás, construir la casa donde no vivas solo y encontrar los antepasados que te hagan más libre. Y debes construir la educación sentimental con la que amarás de nuevo. Y todo esto lo edificarás sobre la hostilidad general, porque los que han despertado son la pesadilla de los que aún duermen. [...]

*Llamamiento y otros fogonazos. Anónimo*



[...] sabía que esperaba que le quitara las botas. Se las quité con toda la frialdad de una mano experta, después le senté en mis rodillas y le quité la blusa. Esta experiencia fue deliciosa, pero creo que me mantuve perfectamente calmado, hasta que me encontré demasiado de golpe con sus pequeños tirantes, lo que me agitó profundamente. No puedo seguir en público narrando como desvestí a David... David, ¿quieres venir a mi cama? 'mi madre me dijo que no debía querer a no ser que tú lo quisieras primero' gorgojeó. 'Es lo que he querido todo el tiempo', le dije entonces, sin más ceremonias, su pequeña figura se arrojó sobre mí. Durante el resto de la noche se tumbó sobre mí, a mi lado, a veces sus pies estaban en el bajo de la cama y otras veces sobre la almohada, pero siempre agarrado a mi dedito. En una ocasión llegó a despertarse y a decirme que estaba durmiendo conmigo. Yo no pegué el ojo; pasé la noche pensando. Sobre ese niño que a mitad del juego se desvelaba, cuando lo desnudaba, hundió la cabeza entre mis rodillas [...]

*El pajarito blanco. James Barrie*

## Nurseryworld, un porvenir de infancia [Claire Fontaine, 2004]

El tiempo que dura para siempre es un niño que juega, que mueve peones, que tira los dados: el reino del niño.

Heráclito

Los teatros de nuestras infancias desaparecen, uno por uno, pero ningún carácter destructivo los derriba para dar paso a la gran salud del olvido.

El progreso devora rápidamente los espacios, los desnaturaliza museificándolos; nuestras ciudades, nuestros campos son cada vez menos lugares en los que encontrar recuerdos escondidos o deambular, estos son ahora son lugares productivos. El inconsciente, que es huérfano y vagabundo por naturaleza, se iría voluntarioso a otra parte que no fuese el dormitorio parental (que ha visto cambiar sus muebles y tapices por lo menos seis veces desde nuestro nacimiento), pero sus excavaciones en el espacio labrado y cuadrulado de nuestro tiempo no tienen éxito. Tal vez porque como Rilke escribió ya en 1912 “para los padres de nuestros padres, una casa, una fuente, una torre desconocida, su ropa incluso, eran todavía objetos infinitamente familiares, infinitamente más familiares, casi todo era para ellos un receptáculo, donde encontraban ya lo humano y donde se acumulaba aún más humanidad. Ahora Estados Unidos nos bombardea con cosas vacías e indiferentes, con apariencias de cosas, con simulacros de vida (...) una casa al estilo americano, una manzana americana, una viña de allá no tiene nada en común con la casa, el fruto, el racimo penetrados de la esperanza y la meditación de nuestros antepasados. (...) Los objetos animados, vividos, cómplices, se vuelven escasos y no pueden ya ser reemplazados. Tal vez somos los últimos en haber conocido tales cosas ...”

El fin de la mercancía encantada, al igual que el del encanto devastador de la american way of life, ponen en tela juicio la naturaleza actual de nuestro fetichismo que sin embargo permanece.

La “epifanía de lo inasible” –tal es la fórmula que Agamben utiliza para describir la publicidad– es la forma bajo la cual percibimos todo lo que deberíamos apropiarnos (los lugares, los objetos, los cuentos) aquello que hace que cualquier objeto transitorio nos lleve consigo en la transición que no nos lleva a ninguna parte.

En este corto-circuito, al que podemos dar el nombre que queramos –modernidad, subsunción real, desastre– algo irreparable afecta a la naturaleza humana y en particular a sus capacidades de producir y de devenir.

*No tienes derecho a despreciar el presente.*

C. Baudelaire.

Es cierto que para quien fue niño en los años sesenta o setenta toda eventual nostalgia de un universo auténtico no es nada más que una construcción intelectual.

La manera de hacer mundo que encontró nuestra civilización después de la Segunda Guerra Mundial excluye tanto la descripción poética –que estando emancipada de toda obligación pedagógica y moral fue siempre la única puerta de acceso de los niños a la realidad– así como la información directa. La inmensa friabilidad de la corteza de lo real, que permitiría presagiar entre los movimientos más optimistas, ágiles y masivos de la crítica, las transformaciones radicales de lo que no funciona –en ausencia de una percepción histórica del mundo como el resultado de conflictos sangrientos ocultados–, produce justo la sensación aterradora de un seísmo inminente que no sucede nunca. Porque a la singularidad cualquiera que erra por las calles de cualquier lugar “civilizado” de Europa le costará un trabajo enorme encontrar las huellas de la historia del presente sea donde sea; las noticias, nos dirán, están en otra parte, en el espacio inmaterial pero fácilmente frecuentable de la televisión o de Internet. Y sin embargo, una cierta inconsistencia afecta a este otro saber hecho imágenes y palabras pixelizadas (que en verdad no debe más a la naturaleza del médium que al contenido de la información); aunque la multiplicación de las posibilidades de informar y de informarse ha abierto inevitablemente espacios de resistencias apasionantes, también ha perfeccionado la irrigación del poder a todas las regiones del discurso, no sin inducir nuevos efectos de extrañeza. El problema en el presente es que nadie puede contarnos por qué deberíamos interesarnos por un mundo cercano que nos ignora tanto como nosotros ignoramos sus obstrusos mecanismos de funcionamiento, por qué deberíamos conocer un sistema construido para que no pudiéramos modificarlo de ninguna manera.

“El mundo se repliega –escribía Rilke– porque las cosas por su parte hacen lo mismo al desplazar cada vez más su existencia a la vibración del dinero y desarrollando allí una espiritualidad que ya está superando su realidad tangible”, es sin duda esta omnipresencia de fantasmas inquietos, parientes cercanos del valor de cambio, lo que hipoteca nuestras facultades de percepción. Un vasto exilio nos encierra, nos paraliza en la glacial sensación de que no tenemos ninguna empresa sobre casi nada, que la pérdida del mundo es para nosotros un hecho consumado, y que con la misma conciencia debemos despedir uno de los más bellos de la Ilustración: el acceso a la edad adulta.

Cogemos un niño de dos o tres años, lo metemos en un jarrón de porcelana más o menos raro, sin tapa y sin fondo, para que la cabeza y los pies puedan pasar. Durante el día, colocamos el jarrón de pie, por la noche lo tumbamos para que el niño pueda dormir. El niño crece así, sin aumentar, apretado, llenando con su carne comprimida y con sus huesos torcidos el jarrón. Este crecimiento en botella dura varios años. En un momento dado, ya es irremediable. Cuando se juzga que ya está y que el monstruo está hecho, rompemos la vasija, el niño sale y tenemos un hombre que tiene la forma de un jarrón. Es cómodo; se puede encargar un niño de la forma que se quiera.

V. Hugo. El hombre que ríe

Pero esta infancia de la que somos prisioneros no tiene nada de sentimental ni de emotiva, es el resultado más o menos calculado de una ortopedia social que ha regulado la interacción de nuestros cuerpos y los objetos para permitir finalmente algo que, más allá de la obligación de la productividad, recuerda mucho a los juegos de los niños. Si

damos crédito a Heidegger, la relación más básica que el ser humano mantiene con los objetos es del orden de lo “utilizable”. Ahora bien, en el mundo fabricado que nos rodea, no dejamos de memorizar nuevos modos de empleo para las diferentes máquinas a las cuales estamos conectados, aún sabiendo pertinentemente que cada una de estas máquinas es terriblemente perecedera, que este saber que adquirimos es una técnica efímera, que no tendrá tiempo de asentarse en una tradición. Sucede incluso que, por una ironía despiadada del destino, a causa de su espíritu más flexible y de su naturaleza refractaria a las hábitos, sean los niños los que instruyan a los adultos atacados con estos temas.

No se trata tanto de deplorar el desempleo de los narradores como de lamentar esta nueva forma del exilio de la historia que nos vuelve incapaces de traducir y transmitir la experiencia por el lenguaje, incapaces de merecer el respeto de los más jóvenes sin el uso de la fuerza, de salir por la palabra del cenagal de la infancia porque nosotros mismos estamos todavía sumergidos.

Si nos atenemos a la etimología latina, *infans* es aquel que no habla o que adopta un lenguaje no reconocido como tal, es decir, que no transporta ningún significado digno de ser transmitido, condición que como vemos está lejos hoy de concernir sólo a los niños propiamente dichos.

Y esta palabra emancipada del sentido, que ha dejado de ser monopolio social de los niños, ya había sido ampliamente utilizada por las vanguardias artísticas del siglo veinte, Dada a la cabeza. En el campo artístico, una sensibilidad al destino incierto que se le ha reservado al lenguaje se expresó también en las interferencias de la distinción entre las palabras y las cosas, lo cual no es en absoluto un procedimiento del orden del estetización, es por el contrario la reivindicación de un sentido otro del objeto-palabra, trágicamente perdido en nuestra civilización, pero todavía presente entre otros pueblos y en todos nuestros niños.

“Los juegos de Edwin con las letras y con la lectura –escriben Schérer y Hocquenghem a propósito del jovencísimo autor de la novela *Cartoons*– son in-significantes, juegos gráficos que trazan a su manera este movimiento permanente de retroceso ante el abismo del significado, esa recuperación constante del primer plano que funda la novela infantil. Las letras de Edwin son seres de dibujos animados; comienza por hacerlos correr o saltar, del mismo modo que de un texto puede conservar únicamente su pura sonoridad (...) Los bebés no son (...) hombres incapaces de hablar, el texto tomado en su materialidad sonora no es una infantilización”, y no lo es tampoco en su materialidad puramente física. En las líneas que siguen, ambos autores comparan “un alfabeto verdugo de niños” en el que Freud trata de descubrir recuerdos encubridores (las *m* representando las dos piernas de los chicos con lo que hay en medio y *n* las dos piernas de las chicas), en el que del bosque de letras donde sólo esos dos caracteres sobreviven a la criba psicoanalítica, con el frondoso jardín de letras de Edwin. “Experimentaba un sentimiento diferente hacia cada una de ellas –escribe Millhauser sobre el autor de *Cartoons*–. Adoraba particularmente la *b* o la *h* que alcanzaban la línea azul oscuro por arriba, o también la *g* e y que se zambullían e iban a tocar la línea azul pálido por abajo. Le gustaba establecer categorías en base a la analogía de las formas: *b* y *d* mantenían entre ellas una vecindad similar a la de *g* y *q*, excepto que la cola de estas últimas letras comenzaba por el mismo lado de *o*. *m* era un par de *n* y *w* un par de *v*. *G* era una *C* con algo más. A Edwin le intrigaban las relaciones entre minúsculas y mayúsculas: *C* era una *c* grande ¿pero que tenía que ver *D* con *d*? ¿*G* con *g*? ¿*Q* con *q*? ¿*Y* E con *e*? *F* y *E* tenían visiblemente algo en común, mientras que *f* y *e* no estaban relacionadas; al contrario, *f* se parecía a *t*, *e* a *c*...”

La tierra no tiene otra salida que volverse invisible; en nosotros, que por una parte de nuestro ser participamos de lo invisible, que somos (por lo menos) pequeños accionistas y que podemos acrecentar nuestra riqueza en invisibilidad durante nuestra estancia aquí – sólo en nosotros, puede cumplirse esta íntima y perdurable metamorfosis de lo visible en invisible.

R. M. Rilke

Si nos atenemos a Herder, y a todo el trabajo lingüístico sobre la onomatopeya de Kart Bühler en quien se inspira, el lenguaje en otro tiempo servía para pintar. En *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*, publicado en 1918, Lévy Bruhl escribe que en el mundo de los primitivos “no había percepción que no estuviera envuelta en un complejo místico, ningún fenómeno que fuera simplemente un fenómeno, ni signo que sólo fuera un signo. ¿Cómo una palabra podría ser simplemente una palabra? Cualquier forma de un objeto, cualquier imagen plástica, cualquier dibujo tiene virtudes místicas; la expresión verbal, que es un dibujo oral, los tiene necesariamente también. Y esta potencia no pertenece únicamente a los nombres propios, sino a todos los términos, sean cuales sean.” Este suplemento mágico que se vincula a la forma escrita y a la sonoridad del lenguaje parece haber abandonado las playas de nuestra cotidianidad y haber encontrado refugio en el mundo del arte contemporáneo.

Nurseryworld antes de convertirse en un concepto, era una de esas palabras que captan nuestra atención por la extrañeza de su forma y por su poder de alusión. Sobre la fachada de un edificio en ruinas, este nombre habría tenido una vida breve y oscura si no nos hubiera encontrado: el complejo está ahora arrasado, pero no el mundo posible del cual era el testigo inquietante. Ni el País de las maravillas, ni la tierra de Jauja, Nurseryworld es el espacio sin nostalgia de las cosas que desaparecen, la casa encantada del carácter destructivo. Refractarios a la culturización, sus primeros frequentadores lo ven como una constelación, un espacio común de expresión de una rabia que difícilmente encuentra una forma admisible en otra parte. Puede decirse que es el deseo de una inversión carnavalesca de las relaciones de fuerza existentes, el espacio donde la carretilla que la gobernabilidad nos impone cuando sabemos ya andar bien es despiezada y mostrada fuera de contexto, en su desnudez de objeto de ortopedia estatal depravado y deformante.

Este espacio de juego recordará inevitablemente los juegos de poder que nos son prohibidos, los juegos sexuales que son reglamentados no tanto por la censura como por la charlatanería incesante y nauseabunda.

La imagen de un teatro soleado destruido por los niños mismos (*Counter-poison / Antídoto*) nos prueba hasta qué punto son unas criaturas privadas de nostalgia y de sentimentalismo.

Está claro que no se trata aquí de los niños mismos, sino por la infancia como constelación donde nosotros existimos y de la cual ningún psicoanálisis puede sacarnos. En “el mundo” que Nurseryworld inaugura, la Ilustración que desacredita y jerarquiza los saberes bajo el pretexto de emancipar a la humanidad no encuentra lugar alguno, porque el concepto mismo de “humanidad” es cuestionado y saqueado. Buscaremos mejor luces que no teman los abismos del oscurantismo, que no necesiten el panoptismo del mirador, justamente luces para los niños.

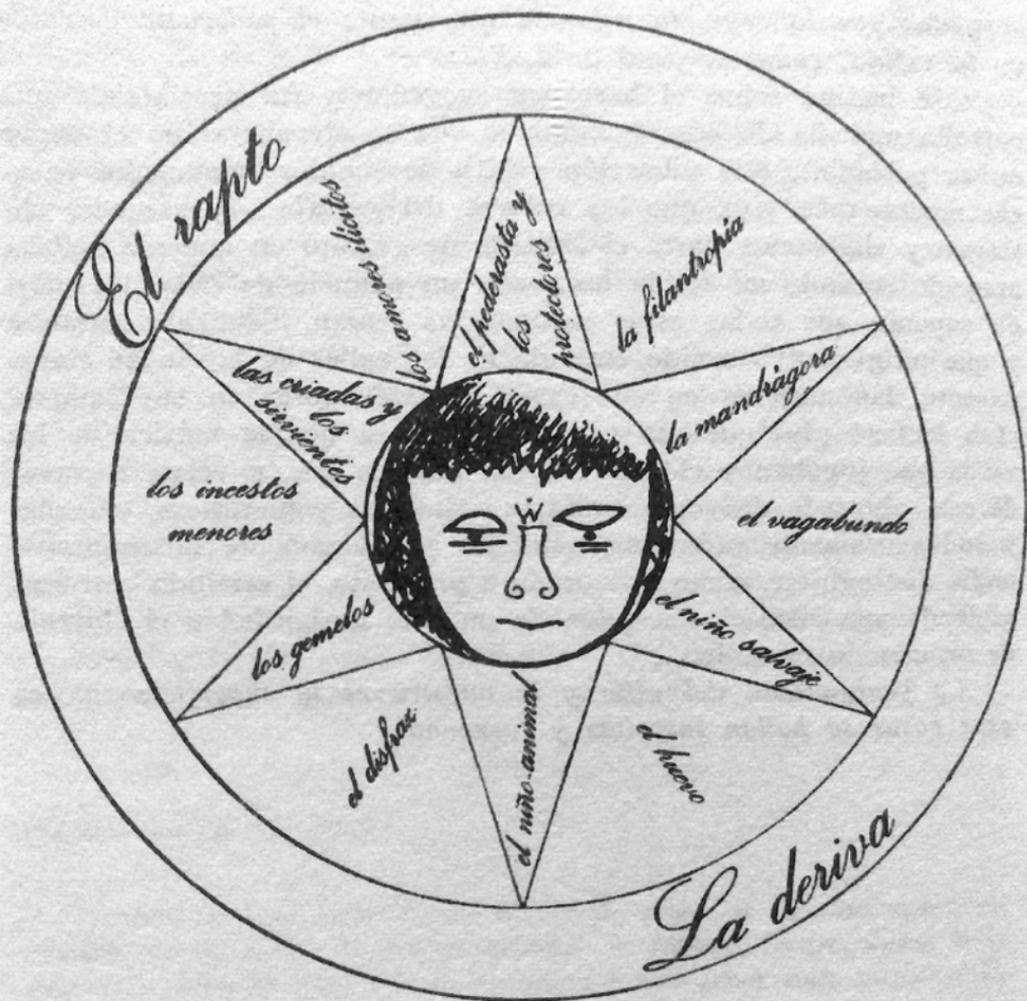
La misma ilusión pedagógica que supuestamente iba a transformar la vitalidad sin forma de la infancia en humanidad, cultura, ha mostrado sus dientes lo bastante para que nosotros dudemos sinceramente de su buena fe. Lo inhumano, lo pre-humano es en todo caso el signo de nuestra época, sea porque Auschwitz o Hiroshima han acabado de demostrar la insuficiencia de la “cultura” y de su sistema de valores, o porque la semiología mercantil ha acaparado los espíritus de los jóvenes y de los muy jóvenes y no queda sitio

para la educación escolar. La abstracción es parte integrante de la constelación de la infancia, así como la idea de un mundo por fin desfamiliarizado donde los límites se difuminan entre las edades y las clases, entre el humano y el animal. Es por esto que el arte contemporáneo acogió esos primeros pasos, esos primeros gestos de puesta en marcha de Nurseryworld, pero este espacio tiene vocación de extenderse cerca de todos los puntos dolientes de la sociedad, ya acompaña allí donde puede al movimiento lento e inexorable de la descivilización. “La humanidad se prepara para sobrevivir, si es necesario, a la civilización. –escribió Benjamin en 1933 -. y sobre todo lo hace riendo”

La falta de experiencia y el empobrecimiento que heredamos tiene muchas versiones felices, nos llevan derechos a la “barbarie positiva” que Benjamin describe tan bien: se trata ahora de empezar de cero, de arreglárselas con poco, de “construir con casi nada, sin girar la cabeza ni a derecha ni a izquierda.” Que de ninguna manera se piense que no hay futuro: cada vez que miramos ante nosotros vemos al niño que habríamos podido ser y que nos estamos preparando para haber sido. Esta es la relación sagital con la actualidad que Foucault deseaba releyendo a Kant, la posición que nos permite producir nuestro presente estando dentro del dispositivo gubernamental. “No sé si nos haremos alguna vez mayores” escribía Foucault en “¿Qué es la Ilustración?” pero a esta constatación podemos siempre responder con las palabras con las que los niños encerrados en los campos de refugiados de Woomera, en Australia, reciben a los voluntarios: “No queremos juguetes. ¡ queremos libertad!”



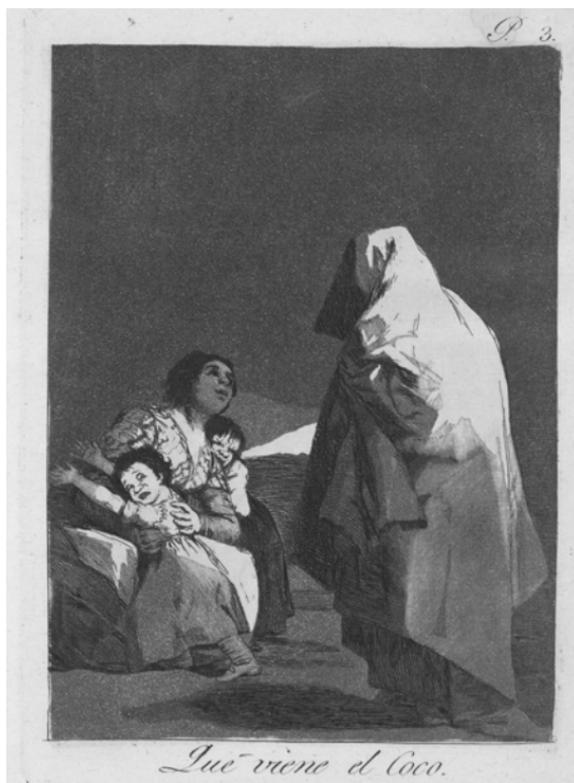
Unbuilding. Claire Fontaine

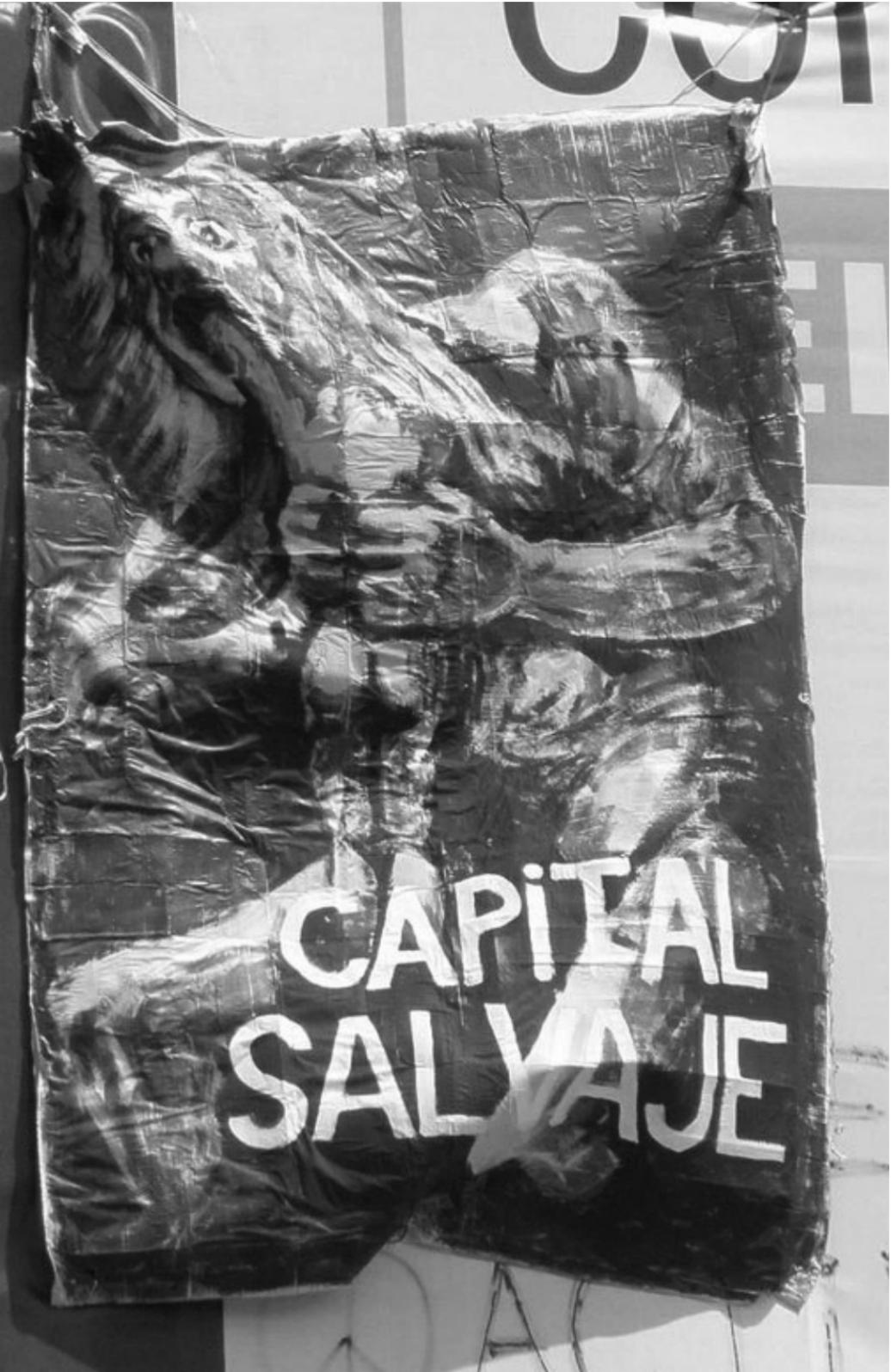


*Fabriquese su propia brújula pulsional*

NIÑO QUE LLEGA TARDE. El reloj del patio del colegio parece estropeado por su culpa. Da las "demasiado tarde". Y por las puertas de las aulas ante las que él se desliza sigilosamente, llega hasta el pasillo, un murmullo de secretos conciliábulos. Allí detrás, maestros y alumnos son amigos. O bien todo guarda silencio, como en espera de alguien. Imperceptiblemente pone su mano en el pomo. El sol inunda el lugar donde está. Y él profana el joven día y abre. Oye matraquear la voz del maestro como la rueda de un molino; se halla ante la piedra de moler. El matraqueo de la voz mantiene un ritmo, pero los mozos de los molineros lanzan ya toda su carga sobre el recién llegado; diez, veinte pesados sacos vuelan hacia él, y tiene que cargarlos hasta el banco. Cada hilo de su abrigo está cubierto de polvo blanco. Como un alma en pena a media noche avanza haciendo ruido a cada paso, pero nadie le ve. Una vez en su sitio, se pone a trabajar en silencio, junto con los demás, hasta que toca la campana. Mas no encuentra dicha alguna.

Calle de dirección única. Walter Benjamin





**CAPITAL  
SALVAJE**



Marea Democracia @MareaDemocracia · 12 de mar.

Somos cualquiera. Venimos a decirles que somos mayores y que no los necesitamos. ¿Vamos juntas? [pic.twitter.com/5g3hx5mWHU](https://pic.twitter.com/5g3hx5mWHU)



Juego de niños. Peter Brueghel

ejercicios: formar otras sílabas, palabras y frases con los elementos ya conocidos  
ejemplos de sílabas:

El, il, al, ul, pri, pra, pru, pro, se, sa,

*El, il, al, ul, pri, pra, pru, pro, se, sa,*

su, so, ta, ti, to, tu, da, di, do, du,

*su, so, ta, ti, to, tu, da, di, do, du,*

le, li, lo, lu, ri, ra, ro, ru, pa, pe, pi,

*le, li, lo, lu, ri, ra, ro, ru, pa, pe, pi,*

po, pu, bla, ble, blo, blu, co, cu, ca

*po, pu, bla, ble, blo, blu, co, cu, ca*

ejemplos de palabras:

prisa, prado, cable, seto, presa, blusa, seda, saco,

*prisa, prado, cable, seto, presa, blusa, seda, saco,*

cola, rabia, saeta, alto, blanco, blocao, sabio,

*cola, rabia, saeta, alto, blanco, blocao, sabio,*

secreto, sitio, socorro

*secreto, sitio, socorro*

todo para el pueblo

*todo para el pueblo*



Quema del Registro de bienes inmuebles. Madrid, 1936. Autor desconocido

EIMAZTE ELKONA  
AIA  
AIA TO MENON A



THE NEW TESTAMENT  
THE GOSPELS  
THE ACTS OF THE APOSTLES  
THE EPISTLES  
THE REVELATION

AIA

Comuna de París. 1871



Lo en verdad revolucionario no es la propaganda ideológica que aquí y allá nos incita a acciones claramente irrealizables y se deshace a la primera reflexión, al salir del teatro. Lo en verdad revolucionario es la señal secreta de lo venidero que se expresa en el gesto de la infancia.

*Programa de un teatro infantil proletario. Walter Benjamín*

Carne de yugo, ha nacido  
más humillado que bello,  
con el cuello perseguido  
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,  
a los golpes destinado,  
de una tierra descontenta  
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo  
de vacas, trae a la vida  
un alma color de olivo  
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza  
a morir de punta a punta  
levantando la corteza  
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente  
la vida como una guerra  
y a dar fatigosamente  
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,  
y ya sabe que el sudor  
es una corona grave  
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja  
masculinamente serio,  
se unge de lluvia y se alhaja  
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,  
y a fuerza de sol, bruñido,  
con una ambición de muerte  
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es  
más raíz, menos criatura,  
que escucha bajo sus pies  
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde  
en la tierra lentamente  
para que la tierra inunde  
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento  
como una grandiosa espina,  
y su vivir ceniciento  
resuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros,  
y devorar un mendrugo,  
y declarar con los ojos  
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,  
y su vida en la garganta,  
y sufro viendo el barbecho  
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo  
menor que un grano de avena?  
¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón  
de los hombres jornaleros,  
que antes de ser hombres son  
y han sido niños yunteros.



Hurbinek no era nadie, un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz. Parecía tener unos tres años, ninguno sabía nada de él, no sabía hablar y no tenía nombre: ese curioso nombre de Hurbinek se lo habíamos dado nosotros, puede que una de las mujeres, que había interpretado con aquellas sílabas uno de los sonidos articulados que el pequeño emitía de vez en cuando. Estaba paralizado de la cintura para abajo, y tenía las piernas atrofiadas, delgadas como palillos; pero sus ojos, perdidos en su cara triangular y demacrada emitían destellos terriblemente vivos, cargados de súplica, de afirmación, de la voluntad de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo. La palabra que le faltaba y nadie se había preocupado por enseñarle, la necesidad de la palabra, afloraba en su mirada con explosiva exigencia [...] En la noche aguzábamos el oído: era verdad, desde el rincón de Hurbinek nos llegaba de vez en cuando un sonido. Una palabra. No siempre era exactamente igual, en realidad, pero era una palabra articulada, con toda seguridad; o, mejor dicho, palabras articuladas ligeramente diferentes, variaciones experimentales en torno a un mismo tema, a una raíz, quizá un nombre. [...] No, no era desde luego un mensaje, ni una revelación: puede que fuera su nombre, si es que alguna vez había tenido alguno; puede (según una de nuestras hipótesis) que quisiera decir “comer” o “pan”; o tal vez “carne”, en bohemio, como sostenía con buenos argumentos uno de nosotros que conocía esta lengua... Hurbinek, el sin nombre, cuyo minúsculo antebrazo llevaba la marca del tatuaje de Auschwitz; Hurbinek murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: testimonia por medio de estas palabras mías.

*La tregua. Primo Levi*

< Chagal en las colonias de niños huérfanos, Moscú, 1920.



“Vivimos como niños incompletos nuestras aventuras perdidas”. Justin Delareux >



vivimos como niños  
perdidos  
nuestras aventuras  
incompletas

*Aullidos por Sade. Guy Debord*

VIVRE EN ENFANT  
INCOMPLET  
NOS AVENTURES  
PERDUES



Kachina-sonajero Hopi. Hopi Art

[...] La verdadera continuidad histórica no es la que cree que se puede desembarazar de los significantes de la discontinuidad relegándolos a un país de los juguetes o en un museo de las larvas (que a menudo coinciden en un solo lugar: la institución universitaria) sino que los acepta y los asume jugando con ellos para resituirlos al pasado y transmitirlos al futuro. En caso contrario, frente a los adultos que se hacen literalmente los muertos y prefieren confiarles sus propios fantasmas a los niños, las larvas del pasado volverán a la vida para devorar a los niños o los niños destruirán los significantes del pasado: lo que desde el punto de vista de la función significativa –o sea de la historia- es lo mismo. Justamente lo contrario de lo que relata el mito del origen de un ritual de iniciación de los indios Pueblo: los adultos –dice el mito- les ofrecieron a las larvas de los muertos, que volvían al mundo de los vivos para llevarse a los niños, personificarlos cada año en una jovial mascarada para que los niños pudiesen vivir y ocupar algún día, sus lugares. [...]

*Infancia e historia.* Giorgio Agamben



Sala de los Misterios. Pompeya



Retrato de Marie Louise. Emile Munier, 1879

## ¿De qué niños hablamos cuando hablamos de los niños?

Rafael Sánchez-Mateos Paniagua [ Enero 2014 ]

Que nuestro mundo está enfermo de infancia y juventud. Como en el misterioso cuento de Kafka Josefina la cantora, en el pueblo de los ratones efectivamente existirían hoy niños, pero sin rasgos infantiles, del mismo modo que existirían adultos, pero sin rasgos de madurez. Este doble movimiento no puede dejar de inquietarnos por muchos motivos. Según la Ilustración, la emancipación de la humanidad estaba condicionada al abandono de la minoría culpable de edad. También el comunismo de Lenin advirtió de los peligros de la enfermedad infantil. Hoy, la mayoría soñada no parece haber encontrado maneras de detener el desastre ni de hacerse con las ruinas de su propio proyecto, pero ironía de la vida, resulta ser de nuevo la infancia, lo infantil, lo menor, la causa y la explicación que encontramos para este desastre. Amada y sobreprotegida o detestada y culpabilizada, nos hemos acostumbrado a señalar a la infancia, a la juventud, como un mal mayor. Pero se diría que apenas las hemos atendido. Apenas hemos pensado con ellas, desde ellas. Y cuando lo hemos hecho no alcanzamos más que a declarar un nuevo informe del capitalismo de las cosas. Vueltos del todo hacia la cultura para pensarlas, olvidamos que ellas la han impugnado tantas veces. ¿De qué niños hablamos cuando hablamos de los niños?. ¿Cómo compartimos hoy nuestras vidas con la infancia, con la juventud? y ¿cómo darse un pensamiento para esto que no las excluya?. ¿Señalar su desaparición nos hace ser conservadores o románticos? ¿Reconocer los rasgos de un ideal de juventud impuesto nos libera de su tiranía?

Con Benjamin aprendimos que antes de encontrar en la puerilidad la causa de la catástrofe del siglo, o en la juventud el “contenido universal de las fantasmagorías de consumo”, más bien fue esa destrucción, esa nueva miseria, la que nos dejó enmudecidos, con nuestros diminutos y frágiles cuerpos humanos, en los sucios pañales de la época. Perdimos la herencia de la humanidad, que canjeamos una y otra vez por lo actual y un poco de confort. Pero el desastre se hizo pronto cotidiano y no hubo ya más necesidad de catástrofes o guerras para declarar la ruina del presente y las presencias. Entonces quizá, como dice Agamben, “resulta repungante el espectáculo de una generación de adultos que tras haber destruido hasta la última posibilidad de una experiencia auténtica, le reprocha su miseria a una juventud que ya no es capaz de experiencia”. Expropiación de la experiencia común, pero en situación de poder hacer una experiencia de esta pobreza por la infancia y la juventud, que están siempre y sobre todo inclinadas hacia ella, aunque bien pronto esta inclinación sea derribada de mil maneras. Resto, pequeña rendija, puerta estrecha por la cual se efectúa el tránsito de la destrucción a la utopía.

Sabemos que Tiquun-Comité Invisible, inspirados en las aventuras incompletas de Debord, conformaron sus sueños en torno a la figura del niño perdido, ese niño que habría logrado sustraerse del sueño prescrito por el capitalismo (encarnado en la figura también joven e infantil de la jovencita). “El que actúa hoy, lo hace como niño perdido” dicen, pero no sólo los niños actuarían hoy, sino que actuar hoy, en este estado de las cosas, infancia obliga: “vagamos entre las ruinas de la civilización: y porque se encuentra en ruinas no nos será dada la posibilidad de enfrentarla. Se trata de una guerra que requiere que se creen mundos y lenguajes, que se abran y ofrezcan lugares, que se constituyan hogares en medio del desastre”. Pero esta figura del niño perdido, niño encapuchado que ya no le asustan ya las ruinas, ese niño misterio, niño riot escondido en la comuna del bosque que tanto podría asemejarse a la barbarie en el buen sentido imaginada por Benjamin (que lo lleva a empezar de cero a arreglárselas con poco, mirando siempre adelante) tratando de sustraernos del sueño prescrito nos ha hecho entrar en otro misterio (Tiquun de la noche...) además de en la pesadilla policial. Su huida y guerra

permanentemente, pues se lo persigue y reprime, resulta agotadora para tantas personas, tantas veces.

Pero soñando lo que nos falta quizá no debamos perder de vista lo que queda. Actuar hoy, infancia obliga no sólo por su disponibilidad para la experiencia, sino porque quizá sólo la infancia esté dotada en origen de un conjunto de potencias que pudieran ponerse al servicio de otro sueño, pero el negocio se hizo con estas fuerzas parece (y un buen número de pruebas podrían encontrarse en el libro de Cuenca). ¿Cómo hacernos con la ruina, con el desecho y los trapos para traer de ahí una nueva posibilidad? Infancia, por su fuerza de ruptura y porque apenas recordamos ese modo de percibir el mundo que nos habilitaba para recrearlo, recombinarlo, imaginando maneras de insertarnos en él, poniendo las cosas verdaderamente y seriamente en juego (imaginando un juego en ocasiones más lúddita que lúdico) Porque aún sería posible imaginar una relación con los objetos distinta a las que indica el capital. La torpeza, la ingenuidad, infancia es el nombre que en la actualidad adquiere muchas veces esa relación comprometida entre percepción y acción, que hermana al niño con el artista y las personas revolucionarias, que hacen de su percepción y de su sueño una acción. Y por el deseo de saber, que por encima de cualquier emancipación por la ignorancia, imagina espacios para darse un aprendizaje, para conocer. No es fácil explicar por qué no crecimos de todo esto. Porque no nos hicimos mayores en estas artes. Salvaguardar cierta infancia, “como constelación donde nosotros existimos”, dice Claire Fontaine.

A imaginar el tránsito de la destrucción a la utopía, hacia lo posible, es lo que hemos aprendido con Benjamin, pero también sabemos por él de la natural inclinación que el pequeño bárbaro siente por la masa, por el pueblo, por la agregación humana, entonces quizá esos bárbaros (como en el poema de Kavafis) puedan retornar con parte de la humanidad perdida: “El individuo puede ceder a veces un poco de humanidad a esa masa, que un día, se la devolverá con intereses”. Es lo que podría quizá ayudarnos a imaginar una sensibilidad infantil que se sacuda el misterioso y eterno encanto de los niños perdidos. No hay vida privada en la literatura menor que no sea inminentemente pública, popular (la versificación llamada en castellano “de arte menor” da buena prueba de ello) Si no hay niños, no podrá haber pueblo, ni masas ni multitudes. Lo hemos aprendido en las manifestaciones que podemos ir con niños, y en las que sólo parecen estar ellos. La masa, la gente, siempre tan torpe, tan infantil, irracional, desbocada, tan aborregada. No se oculta, ni siquiera en la izquierda, este desprestigio, este menosprecio. Quizá se trata del mismo menosprecio que se oculta en el trato infantil, en nuestra manera de dirigirnos y relacionarnos con los niños.

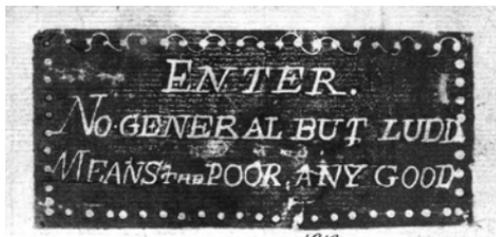
Hoy, como ayer, tan vulnerables. Bajo la nueva-vieja guerra de la mercancía y el desahucio. Frágiles, sí, puede que infantilizados y encima la ilusión, la capacidad, la potencia parecen ser un bien escaso y cuántas veces se ha impuesto la entera aceptación de las cosas. Entonces quizá la idea de que otro estado de las cosas es posible, un sueño distinto al de la fantasmagoría del capitalismo, sólo pueda sostenerse quizá con un poco de infancia porque resulta que al desahucio de nuestras vidas, tan parecido al Garfio descrito por Cuenca, la gente -esa gente que los intelectuales a menudo se nos antoja minoría de la humanidad, tan solo carne del capital- ha respondido organizándose, porque ha descubierto de que se trata de algo común, buscando maneras colectivas de hacerse con la pobreza, con la carencia y la fragilidad. Es por eso que no tiene sentido preguntarnos a los intelectuales qué hacer: son las luchas en marcha, la gente que actúa, las que nos lo advierten y señalan continuamente. Quizá vivamos ya no sólo en el tiempo del capitalismo de la juventud, sino también en el tiempo en el cual un conjunto de potencias menores puedan aparecer entre nosotros, de un modo mayor.



John Dempsey. Lewis Hine, 1909

«La caracterización del proceso de trabajo según su relación con la naturaleza está marcada por su constitución social. Pues si no se explotara propiamente al hombre, podríamos ahorrarnos el discurso impropio sobre la explotación de la naturaleza. Este discurso consolida la apariencia del valor, que las materias primas reciben únicamente por un orden productivo basado en la explotación del trabajo humano. Si cesa ésta última, el trabajo se desprenderá por su parte del carácter de explotación de la naturaleza mediante el hombre. Se realizará entonces según el modelo del juego infantil, que en Fourier está la base del trabajo apasionado de los armonianos. Uno de los mayores méritos de Fourier es haber establecido el juego como canon del trabajo que ya no es explotado. Un trabajo así, animado por el juego, no está dirigido a producir valores, sino a una naturaleza mejorada. También para ésta propone la utopía de Fourier una imagen orientadora, como en efecto se halla realizada en los juegos infantiles. Es la imagen de una tierra en la que todos los lugares se han convertido en granjas-posada. Estos dos términos indican que todos los lugares están trabajados por el hombre, que los torna cultivables y bellos; pero también se encuentran, como una posada en el camino, abiertos a todos. Una tierra dispuesta según esta imagen dejaría ser en parte “De un mundo en el que la acción no es la hermana del sueño”. En ella, la acción estaría hermanada con el sueño.»

El libro de los Pasajes. Walter Benjamin



**Н. ЛЕНИН**  
**ДЕТСКАЯ**  
**БОЛЕЗНЬ**  
**«ЛЕВИЗНЫ»**  
**В КОММУ-**  
**НИЗМЕ**



**ГОСУДАРСТВЕННОЕ**  
**ИЗДАТЕЛЬСТВО**

**ПЕТЕРБУРГ**

**1 · 9 · 2 0**

La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo [o Ensayo de discusión popular sobre la táctica y la estrategia marxista] Lenin, 1920.



AUTO

NARROW

HOT-BLACK

No todo es negrura y apocalipse hay niños que saben ir por el mundo y nombrar las cosas.  
Luz Pichel



[...] En nuestro pueblo se ignora la juventud. Apenas se conoce una mínima niñez. Es cierto que garantizamos a los niños una libertad especial, que debemos reconocer su derecho a cierta negligencia y a cierta travesura y ayudarlos un poco; nada más plausible que tales exigencias: todos las reconocen; pero nada menos admisible en la realidad a nuestra vida, y los esfuerzos que hacemos en tal sentido son efímeros. Entre nosotros, en cuanto un niño puede corretear un poco y enterarse de lo que lo rodea, ya tiene que ganarse la vida como un adulto.

Los distritos en que vivimos dispersos, por razones económicas, son demasiado grandes. Nuestros enemigos son tan numerosos y los peligros que nos acechan tan incalculables, que no podemos mantener a los niños alejados de esta lucha por la vida. Si no lucharan, ellos también morirían. A estas causas tristes se añade otra, muy relevante: la fecundidad de nuestra raza. Una generación empuja a la otra; LOS NIÑOS NO TIENEN TIEMPO de ser niños. En los demás pueblos, los niños son criados con especial esmero y aunque se erijan escuelas y de ellas salgan torrentes, siempre, durante algún tiempo, son los mismos niños quienes se forman allí. Nosotros no tenemos escuelas, y de nuestro pueblo, a cortísimos intervalos, mandan bandadas incontables de niños, siseando o pipiando hasta que pueden chillar; revolcándose o rodando bajo la presión del montón, hasta que pueden andar solos; arrollando torpemente con su masa todo lo que encuentran, hasta que pueden ver. Y no como los niños de las escuelas, que siempre son los mismos.

No, siempre nuevos, sin fin, sin interrupción. Apenas aparece un niño ya no es niño, y lo empujan los nuevos hocicos, indistinguibles su multitud y premura. Por bello que esto sea y por mucho que otros nos envidien, no nos es permitido dar a nuestros niños una verdadera niñez. Eso trae consecuencias: una perpetua y arraigada puerilidad penetra nuestro pueblo. En contraste directo con nuestra mejor condición, que es el entendimiento práctico, obramos muchas veces del modo más tonto, justamente como los niños, derrochadores irreflexivos y generosos. Y aunque nuestra alegría ya no puede conservar la fuerza de la alegría infantil, algo nos queda, sin duda. Hace tiempo que Josefina aprovecha esta puerilidad.

Pero nuestro pueblo no sólo es infantil; también es prematuramente viejo. No tenemos juventud, somos adultos en seguida, y permaneceremos adultos durante tanto tiempo que cierta desesperación y cierto cansancio dejan su huella en el carácter aplicado y optimista de nuestro pueblo. Esa es tal vez la causa de nuestra falta de musicalidad. Sois demasiado viejos para la música: su agitación, su vuelo no convienen nuestra pesadez. Cansados, la rechazamos con el gesto: nos hemos reducido a chillar. Nos bastan unos pocos chillidos, de tiempo en tiempo. Es posible que no haya talentos musicales entre nosotros, pero, de haberlos, el carácter de nuestras gentes los suprimiría antes de la madura Josefina, en cambio, puede chillar o cantar o como ella quiera llamarlo. Eso no nos molesta. Lo soportamos bien. Si hay alguna música en sonidos que emite, esa música es mínima. Una cierta tradición musical se conserva de este modo, sin que nos pese.

En sus conciertos, tan sólo los muy jóvenes se interesan por la cantante, la miran con asombro cuando ella mueve los labios y expulsa el aire entre los menudos incisivos, embelesada con sus propios tonos. Languidece y utiliza este caimiento para destacar nuevas habilidades cada vez menos comprensibles, hasta para ella misma. Pero la multitud se mantiene recogida y en suspenso. Soñamos en las escasas treguas de la lucha; es como si a uno se le aflojaran las piernas, es como si pudiéramos, una vez, echarnos y relajarnos en la cálida cama del pueblo. Y en medio del sueño, de vez en cuando, se oye el chillar de Josefina. Ella dice que es chispeante. A nosotros nos parece fastidioso. En esta música hay algo de nuestra pobre y corta niñez, algo de la dicha perdida que ya no encontraremos. Pero también hay algo de nuestra activa vida presente, de su vivacida y pequeña, incomprendible y, sin embargo, tan pertinaz. Todo esto no se expresa con una gran voz, sino muy despacio. Bisbiseando en confianza, muchas veces con ronquera, a fuerza de chillidos, por mortecinos que sean, puesto que así es la lengua de nuestro pueblo, sólo que muchos chillan toda la vida y ni siquiera lo advierten. Aquí, al contrario, el chillido está liberado de las ataduras de la vida cotidiana y nos libera también, aunque sea por un momento.

*Josefina la cantora o El pueblo de los ratones.* Franz Kafka.



DIATIGAKNUKMTJA  
BFDEIBFDEI

Dear Tigger, can you come to a birthday birthday (party?)

14 de julio de 1969

*Los vagabundos eficaces* fue escrito poco después de la Liberación, hecho histórico que escuché desde las murallas construidas por Vauban alrededor de Lille, en el Norte.

La historia de mayo-junio de 1968 la he vivido con el culo sobre una vieja roca de la cadena herciniana, y Jean-Marie J..., un chiquillo de trece años que nunca ha dicho más que el mammm, mammm, mammm, de antes del habla, compartía conmigo la luz de los Cevennes en su trayecto desde la inmensa casa casi vacía en que yo vivía entonces hacia la fuente cuya agua era para él la única presencia, junto a la cual venía a temblar a lo largo de los días. Ni una palabra salió nunca de su garganta. Tal vez una sola: no. Tal vez. Y a todo lo largo del tiempo, y suceda lo que suceda, ese canturreo del mammm, mammm, mammm, entrecortado de gritos quejumbrosos o de un ladrido ronco. Tal era mi compañero cuando se producían los acontecimientos de los que tanto y tanto se habló, y que tan lejos estaban. Y, sin embargo, los estudiantes que ocupaban la facultad de Letras vinieron a buscarme. Eran más de cien en la gran sala donde ya no había clases. Estaban ellos, y la palabra la tenían ellos tanto como querían; se habían apoderado de ella y se la daban unos a otros, y en el orden del día se iba a discutir el papel del psicólogo en la sociedad de después de mayo. ¿Qué debía hacer el psicólogo? ¿Vender cacahuetes? No soy psicólogo, nunca lo he sido ni, desde luego, lo seré nunca, pero estaba allí para decir algo, y dije: «¿Lo que hay que hacer? Una compañía de teatro ambulante, ir por todas partes donde hay niños colocados en institutos o en casas, hacer el payaso y divertirse y rebuscar uno aquí, dos allá, allá un chiquillo y aquí dos chiquillas, para buscar con ellos (los Cevennes son inmensos y los prefectos están muy ocupados) la manera de salir adelante en la vida. Decir eso y decir mammm, mammm, mammm,

es lo mismo. Meses después, uno y otro vinieron a contarme, un poco contritos, que habían discutido exacerbadamente acerca del estatuto del psicólogo en la sociedad de después de mayo, que es la de ahora, por la que pasan vagabundos que son los hermanos actuales de aquellos de los que yo hablaba en 1946. Hoy, 14 de julio de 1969, dos de ellos han puesto su tienda junto a un territorio en que, entre las enormes olas de piedra erosionada de una de las cadenas más altas de la prehistoria, François D..., diez años, llamado *El Gaita*, hincha el vientre y lo hincha aún más para ayudarnos a gemir extrañas canciones, entre ellas *La Marsellesa*. Estoy diciendo la pura verdad. Bien, pues de resultas de ello lo hemos nombrado presidente de este organismo que no quiero llamar grupo y que está formado por un joven obrero del suburbio de París, un hijo de campesino de Allier, su mujer y dos chicas cuya madre era uno de aquellos refugiados de España cuando la victoria de Franco, y con eso quiero decir del fondo de la España anarquista, de Allier y del suburbio de París, y yo, venido de las murallas de Vauban y, a través de un bisabuelo a quien nunca vi, de una especie de sección libertaria de las Ardenas, somos el ambiente próximo de niños que podrían ser los hijos de los delincuentes del Centro de Observación y de Selección de la Región del Norte y que son, como suele decirse, psicópatas, hasta el punto de carecer del habla. Pero ellos no se hacen ilusiones.



< Álbum, Jon Uriarte.

Mario Nuñez Magro >



Collage 1. Elena Blázquez.

Sin embargo, la culpa no es vuestra, pues estáis enfermos. Y vuestra enfermedad se llama fantasía. Es un gusano que carcome vuestras frentes dejando surcos ennegrecidos. Es una fiebre que os espolea a correr cada vez mas adelante, pese a que ese adelante acaba donde termina vuestra felicidad. La fantasía es el último obstáculo en el camino a la felicidad.

Nosotros. Evgueni Zamiátin



Mientras uno no se compromete, hay vacilación, la posibilidad de echarse atrás y siempre ineficacia. En todos los actos de iniciativa (y creación) hay una verdad elemental cuya ignorancia mata incontables ideas y planes espléndidos: en el momento en que uno se compromete categóricamente, interviene la Providencia. Ocurren todo tipo de cosas útiles que de otro modo jamás hubieran sucedido. De la decisión mana un torrente de acontecimientos que hacen surgir en favor de uno todo tipo de sucesos y encuentros y asistencia material imprevistos, que ningún hombre ni mujer habría soñado con encontrarse en el camino. Sea lo que sea que puedas hacer o soñar, comiéndalo. La osadía posee genialidad, poder y magia. Comiéndalo ahora.

Goethe



Acceso a la biblioteca de Bellas Artes UCM

gam niña mira poli \_DSC0098. Héctor Juanatey, Alejandro Pinna y Juan Carlos Mohr. Vía periodismohumano.com >

La familia del anarquista. Benedito Vives . 1900 >



yo voy a hacer yo voy a hacer una margarita  
ya está  
voy a hacer  
voy a hacer rosas yo  
voy a hacer yo muchas

ahora los tallos morados  
pétalos  
yo quiero un papel  
yo voy a hacer muchas

una flor grande  
y una flor pequeña:  
y se van a quedar las dos pegadas  
para siempre

buah, cuántas  
cuántas flores  
hala y  
qué altas y  
ya he terminado  
ya he terminado

[El "habla no comunicativa" es algo raro de ver porque se da, según algunos lingüistas exclusivamente en la infancia, aunque no es del todo así. Se trata de un habla pseudo-monológica que convierte en verbo y "relata" lo que se está haciendo. Según estos lingüistas, tras la primera infancia se convierte en habla interior o pensamiento codificado de forma verbal. Pero cuando dicen "no comunicativa" en lugar de "descriptiva" establecen una diferencia entre lo que merece la pena ser comunicado y lo que no en términos de productividad relacional.

Aquí se ha realizado una descripción de las voces de tres niños que verbalizan como hacen "flores", es decir, dibujos de flores.]

antilla, que también  
 Lo en voz de niño/adulto,  
 teen/niño  
 - borja como niño

• distintos tipos  
 de vino el  
 tiempo (marcha)  
 • ideal de la niñez  
 vs. tiempo humano  
 (adulto) "good form" = edición

(S)

de algún modo,  
 vino, viene  
 hacia boca superior  
 en quietud en la good  
 form de Peter  
 Peter luego se va  
 como desviado

(instituciones)  
 Hook  $\leftrightarrow$  Peter  
 • conjetura mala  
 carra  
 • falta con la  
 identidad  
 (Muir, 76)  
 (Play Ethics)

divida:  
 la tesis  
 ranchillas (de la  
 completitud se  
 (p. 204)  
 como  
 tado

A. Hook  $\leftarrow$  PETER  
 (doble, proyección)  
 • Hook, venación de  
 Peter (Homer, job)  
 & se está presionando  
 la interpretación psico-  
 analítica: Peter = Barrie

Hook - Barrie  
 • "Barrie se  
 parece + a Hook,  
 que a Peter  
 (Muir, 28)  
 • Hook es un tablero  
 el del inicio

interpretación)  
 • Peter "abstracción"  
 • Peter determina la auto-  
 conciencia de Hook  
 ("primario")  
 Lo es "proyección" vino  
 "fantasmagoría"

B. Hook  $\rightarrow$  Peter  
 (doble, proyección)  
 • Peter, proyección  
 de Hook (Muir, 28)  
 • Peter como  
 fantasmagoría  
 (en teórica)

ASTRAGORÍA /  
 significa: por reflexión,  
 no sólo metafórica  
 riques, vínculo con la  
 de Barrie  
 hab: ir a parar con  
 respectado adulto  
 lo mudo  
 lo mudo, ocupado

HOOK | AHAB  
 ↓  
 conjetura  
 Peter Pan

París tiene un hijo y el bosque un pájaro. El pájaro se llama gorrión, y el hijo pilluelo. Asociad estas dos ideas, París y la infancia, que contienen la una todo el fuego, la otra toda la aurora; haced que choquen estas dos chispas, y el resultado es un pequeño ser.

Este pequeño ser es muy alegre. No come todos los días, pero va a los espectáculos todas las noches, si se le da la gana. No tiene camisa sobre su pecho, ni zapatos en los pies, ni techo sobre la cabeza, igual que las aves del cielo. Tiene entre siete y trece años; vive en bandadas; callejea todo el día, vive al aire libre; viste un viejo pantalón de su padre que le llega a los talones, un agujereado sombrero de quién sabe quién que se le hunde hasta las orejas, y un solo tirante amarillo. Corre, espía, pregunta, pierde el tiempo, sabe curar pipas, jura como un condenado, frecuenta las tabernas, es amigo de ladrones, tutea a las prostitutas, habla la jerga de los bajos fondos, canta canciones obscenas, y no tiene ni una gota de maldad en su corazón. Es que tiene en el alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si preguntamos a esta gran ciudad: ¿Quién es ése? respondería: es mi hijo. El pilluelo de París es el hijo enano de la gran giganta.

Este querubín del arroyo tiene a veces camisa, pero entonces es la única; usa a veces zapatos, pero no siempre con suela; tiene a veces casa, y la ama, porque en ella encuentra a su madre; pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Sus juegos son peculiares. Su trabajo consiste en proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer pasos de una acera a otra en los días de mucha lluvia, lo que él llama "hacer el Puente de las Artes"; también pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés; ahondar las juntas del empedrado. Tiene su moneda, que se compone de todos los pedazos de cobre que se encuentra en la calle. Esta curiosa moneda, llamada "hilacha", posee una cotización invariable entre esta bohemia infantil. [...] Por la noche el pilluelo, gracias a algunas monedas que siempre halla medio de procurarse, va al teatro, y allí se transfigura. También basta que él esté allí con



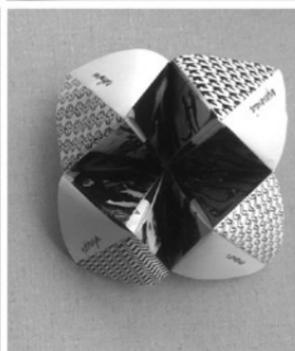
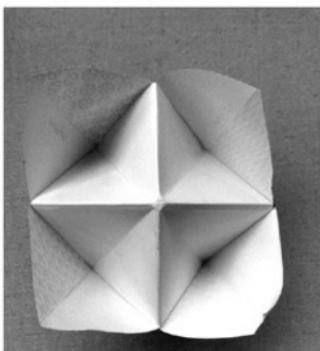
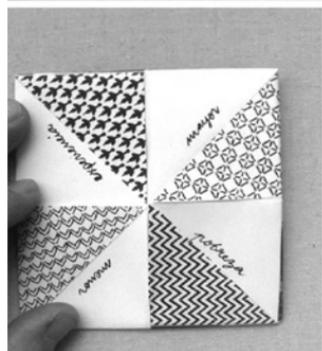
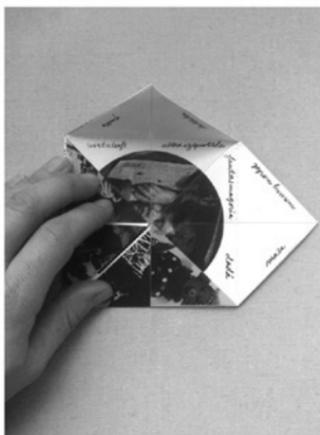
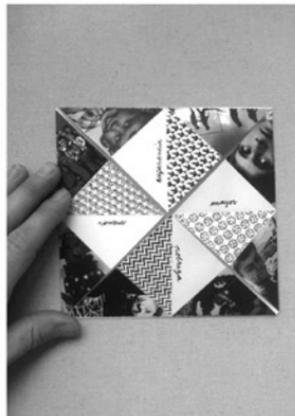
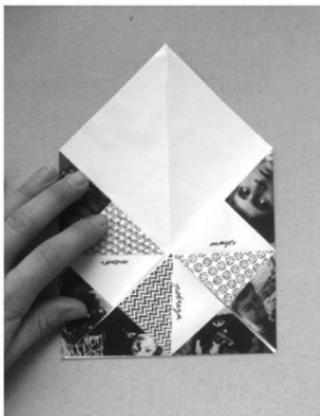
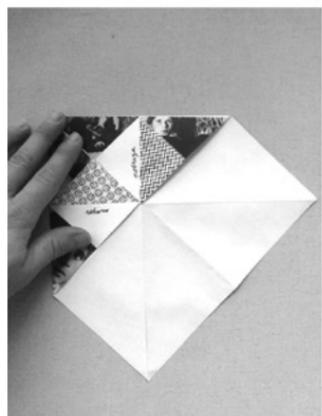
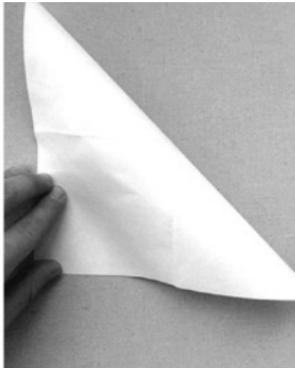
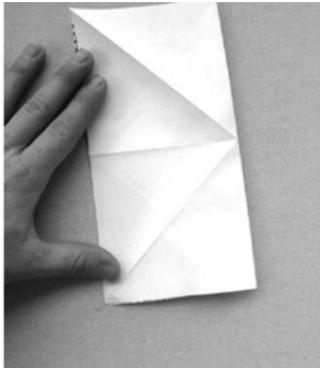
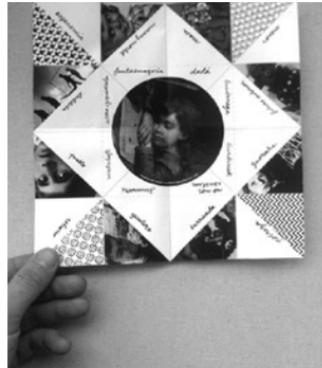
su alegría, con su poderoso entusiasmo, con sus aplausos, para que esa sala estrecha, fétida, oscura, fea, malsana, repugnante, sea el paraíso.

Este pequeño ser grita, se burla, se mueve, pelea; va vestido en harapos como un filósofo; pesca y caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, aturde las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta, aplaude a insulta, encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es loco hasta la sabiduría, poeta hasta la obscenidad, se revuelca en el estiércol, y sale de él cubierto de estrellas.

El pilluelo ama la ciudad y ama también la soledad; tiene mucho de sabio.

Cualquiera que vagabundee por las soledades contiguas a nuestros arrabales, que podrían llamarse los limbos de París, descubre aquí y allá, en el rincón más abandonado, en el momento más inesperado, detrás de un seto poco tupido o en el ángulo de una lúgubre pared, grupos de niños malolientes, llenos de lodo y polvo, andrajosos, despeinados, que juegan coronados de florecillas: son los niños de familias pobres escapados de sus hogares. Allí viven lejos de toda mirada, bajo el dulce sol de primavera, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando a las bolitas, disputando por un centavo, irresponsables, felices. Y, cuando os ven, se acuerdan de que tienen un trabajo, que les hace falta ganarse la vida, y os ofrecen en venta una vieja media de lana llena de abejorros, o un manojito de lilas. El encuentro con estos niños extraños es una de las experiencias más encantadoras, pero a la vez de las más dolorosas que ofrecen los alrededores de París. Son niños que no pueden salir de la atmósfera parisense, del mismo modo que los peces no pueden salir del agua. Respirar el aire de París conserva su alma.[...] ¿De qué arcilla está hecho? Del primer fango que se encuentre a mano. Un puñado de barro, un soplo, y he aquí a Adán. Sólo basta que Dios pase. Siempre ha pasado Dios junto al pilluelo.

El pilluelo es una gracia de la nación, y al mismo tiempo una enfermedad; una enfermedad que es preciso curar con la luz.



[menor] EXPERIENCIA [mayor]

· págs

43, 39, 16, 9, 7, 4, 3 · CAPITALIZA

43, 39, 35, 24, 17, 9 · NURSERYWORLD

43, 39, 38, 15, 9, 8 · FANTASMAGORÍA

33, 18, 16, 14, 8, 2 · ORIGEN

41, 33, 26, 21, 20, 19, 18, 15, 7 · FUTURO ANTERIOR

37, 36, 33, 27, 23, 7, 5 · LUCIÉRNAGA

34, 38, 23, 16, 4 · CATÁSTROFE

44, 21, 19, 17, 6 · GAVROCHE

36, 35, 27, 21, 14, 2 · HURBINEK

39, 30, 21, 18, 5, 3, 1 · SUEÑO

34, 33, 32, 28, 19, 18, 17 · MASA

46, 38, 36, 35, 31, 26, 24, 18, 15, 14 · DADÁ

[mayor] POBREZA [menor]

págs ·

RUINA · 2, 6, 7, 8, 9, 16, 22, 28, 39, 44

BARRICADA · 1, 7, 18, 19, 21, 33, 40, 42, 44, 46

NO NOS ASUSTAN · 7, 15, 17, 28, 32, 33, 41

UTOPIA · 1, 5, 17, 18, 19, 33, 36, 37, 42, 46

PUEBLO · 6, 18, 19, 21, 22, 32, 33, 34, 36, 44,

WIRTSCHAFT · 3, 17, 19, 21, 22, 30, 33, 42

DESTRUYE · 7, 16, 24, 39

LUDDITA · 4, 24, 28, 30, 39

ULTRAIZQUIERDA · 7, 19, 20, 24, 28, 31, 33, 41

CONSTITUYE · 3, 5, 17, 28, 33, 36, 40

YUNTERO · 2, 6, 15, 19, 21, 22, 23, 30, 36, 40, 44

JANMARI · 1, 22, 27, 36, 42, 44



## Ext. 20 Pequeño álbum sistemático de la infancia y la juventud

Programa CoOperaciones 2014

### Colaboradores:

Mario Muñoz Magro, Elena Blázquez, Paula Pérez Barahona y Jaime Cuenca Amigo.

### Edición, diseño y maquetación:

Alejandro Simón y Rafael Sánchez-Mateos Paniagua

### Fotografía de cubierta:

Rendido del trabajo.  
José Pérez Siguimboscun

¡Descapitalizar la infancia! Taller y lecturas críticas sobre la infancia y la juventud fue una actividad llevada a cabo en La Trasera de la Facultad de BBAA UCM, coordinada por Rafael Sánchez-Mateos Paniagua, entre enero y marzo del año 2014, y que se propuso resignificar la infancia y la juventud, tomando materiales de la teoría, el arte, la estética y la política con el objetivo de comenzar a comprenderla como una posición. Se estructuró en dos partes, un primer bloque de dos conferencias realizadas por Jaime Cuenca Amigo y Rafael SMP, y un segundo bloque en el que profundizamos, durante tres días de taller, en las potencias estético-políticas de la infancia. Este proyecto finaliza con la publicación de este pequeño álbum sistemático que pretende enunciar y salvaguardar cierta infancia, como constelación donde podríamos existir. No deseamos volvernos niños sino repensar las potencias, tan a menudo menospreciadas, a partir de las cuales podríamos hacernos mayores de otro modo, hoy.

[rafaelsmp.tumblr.com](http://rafaelsmp.tumblr.com)

Durante el proceso de creación de esta publicación, la Ciudad Universitaria de la Madrid ha sido tomada por la policía nacional para reprimir las dos jornadas de lucha contra los recortes en educación y la subida de tasas universitarias. Cinco alumnos de la Facultad de Bellas Artes UCM fueron detenidos junto con otras decenas de personas. Queremos dedicar este trabajo a todas ellas, que pelean y resisten. En cuántas ocasiones se los menospreciará por infantiles, jóvenes o inexpertos. Bendita inocencia la de aquellos que se creen capaces y se atreven a saber.

### Ext.

*Equipo de edición Extensión  
Universitaria BBAA-UCM:*

Selina Blasco, Lila Insúa, Alejandro Simón, Ana Arias y Alejandro Cinque

### *Diseño de portada:*

Margarita García

### *Contacto:*

[bellasartes.ucm.es/extension](http://bellasartes.ucm.es/extension)  
[extensionbellasartes.wordpress.com](http://extensionbellasartes.wordpress.com)  
[facebook.com/bellasartesmadrid](https://facebook.com/bellasartesmadrid)  
[twitter.com/bellasartesUCM](https://twitter.com/bellasartesUCM)  
[vimeo.com/extensionbellasartes](https://vimeo.com/extensionbellasartes)

ISSN: 2255-243X

Depósito legal: M-41841-2012

Cualquier trabajo no perteneciente a estos autores se acoge al amparo del artículo 32 de la Ley de Propiedad Intelectual, relativo al derecho a cita.

**bellasartes**  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID





Ext.

20

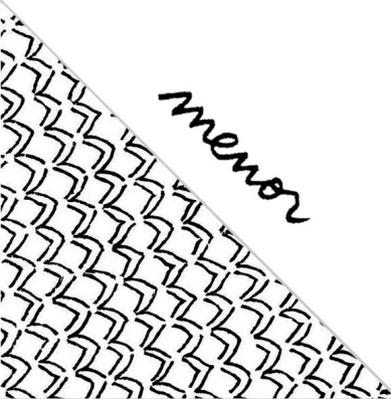
pequeño

álbum

sistemático

de la infancia

y la juventud



menor



futuro anterior



Gavroche



robusto



masa



luciernaga



Hurbinek



barricada



grammophon



fantasmagoría



Jauuueci



guitones



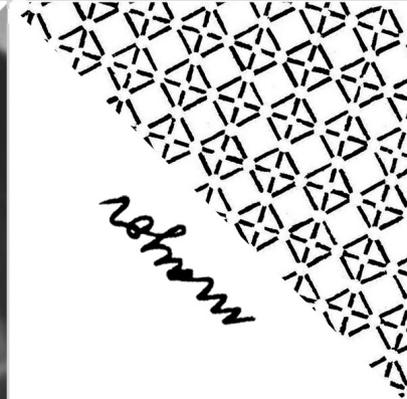
experiencia



quarta



rueda



menor



Resultado del trabajo José Pérez Sigüimboscain, 1900